

sion. Viajaba hacia algun tiempo con kaartanes fugitivos, que me habian prometido presentarme al rey del pais.

PORMENORES SOBRE SEGO.—REGRESO DE MUNGO-PARK.

He aqui pormenores sobre Segó, capital del Bambara en Africa. Consta de cuatro ciudades distintas: dos de ellas situadas en la orilla septentrional del Niger, que llaman Segó-Kono, y Segó-Bou; y las otras dos en la orilla meridional nombrándose Segó-Sou-Kono y Segó-Sec-Kono. Las cuatro se hallan circundadas de espesas murallas; las casas construidas de arcilla son de forma cuadrada, y sus techos chatos como los terrados; algunas tienen dos pisos y están blanqueadas. Su aspecto recuerda las antiguas habitaciones que se conservan entre nosotros del tiempo de los moros. Las calles son bastante anchas para una ciudad en que los carruages son enteramente desconocidos.

El rey de Bambara reside en Segó-Sec-Kono y emplea gran número de esclavos en el transporte de los habitantes de un lado á otro del rio. El salario que recibe es una especie de impuesto que le suministra una cantidad considerable.

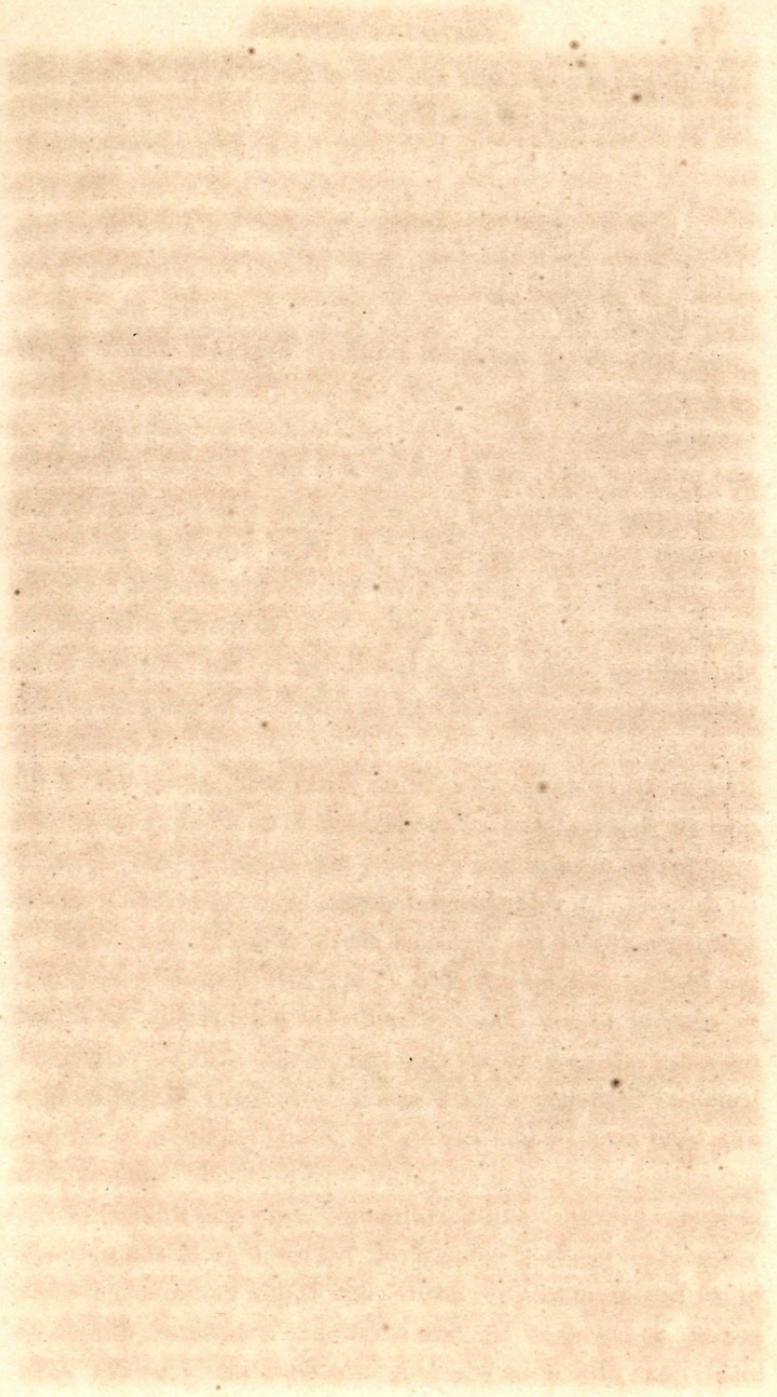
Las canoas de que se sirven en Segó, son de una construccion muy particular. Dos árboles se hallan unidos, no lado con lado, sino extremo con extremo; de modo que la juntura se encuentra precisamente en el punto de reunion de estos dos troncos huecos, resultando asi que estas embarcaciones tienen una longitud estraordinaria, al paso que una anchura muy poco considerable.

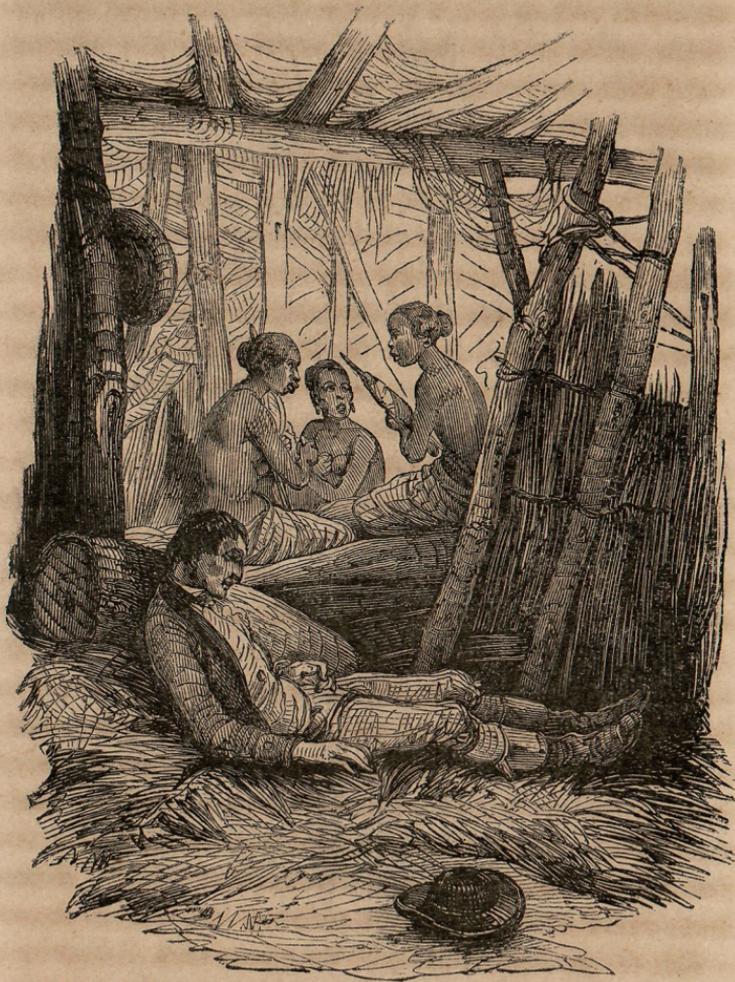
Al llegar á este paso, encontramos una multitud compacta que aguardaba el momento de hacerse trasladar á la orilla. Todos me miraban silenciosos, y observé con inquietud en el número de curiosos á muchos moros. Se embarcaban en tres sitios diferentes; los barqueros eran activos y diligentes; pero

la multitud era tal, que nos fué menester esperar llegara el turno; yo me senté á la orilla.

El aspecto de esta gran ciudad, las numerosas embarcaciones que cubrian el rio, aquella poblacion activa, aquellas tierras cultivadas que se estienden á lo lejos, me ofrecian un cuadro de opulencia y de civilizacion, el cual no esperaba ver en el centro de Africa.

Esperé mas de dos horas á que me llegara el turno: durante este tiempo el rey Mansoug advirtió que un blanco esperaba ocasion de pasar para llegar á visitarle. Envióme al punto uno de sus primeros esclavos, quien me dijo que no podia el rey recibirme hasta que supiera qué asuntos me traian al pais; además añadía que no debía pasar el rio sin permiso del rey. En su virtud, me aconsejó ir á buscar en una aldea lejana que me señaló, un alojamiento para la noche, y me dijo que á la mañana siguiente me traeria nuevas instrucciones. Esto era para mí un contratiempo hácia el cual no veia remedio. Me dirigí á la aldea, donde nadie quiso recibirme; el terror y la sorpresa estaban retratados en todos los semblantes. Permanecí, pues, todo el dia sin comer, y sentado tristemente bajo de un árbol; y para colmo de desventura se presentaba muy mal la noche, pues amenazaba diluviar. En este canton abundan tanto los animales feroces que hubiera tenido necesidad de encaramarme á un árbol, y por consiguiente dormir poco, si la Providencia no hubiera venido en mi auxilio. Una negra que venia del trabajo se detuvo delante de mí, y observando que estaba abatido y fatigado, trató de informarse de mi posicion, la cual la espliqué en breves palabras. Tomó entonces mi silla y mi brida, y despues con ademan compasivo me invitó á seguirla. Me condujo á su cabaña, encendió una luz, estendió en el suelo una alfombrilla y me dijo que alli debía esperar. Salió y regresó con un magnífico pescado que hizo medio cocer y que me ofreció por alimento. Se volvió en seguida hácia sus compañeros, que desde mi llegada no habian cesado de considerarme, y les dije prosi-





El pobre hombre blanco, débil y fatigado, vino á sentarse bajo nuestro árbol.

guieran su tarea, que consistia en hilar algodón, en lo cual se ocuparon gran parte de la noche. Para distraer las horas de esta velada se pusieron á cantar, y una de sus canciones la improvisaron para mí, ó á lo menos era yo el objeto. Una de las mugeres comenzaba, y las demas la acompañaban á manera de coro, cantando de este modo, segun sus palabras traducidas literalmente: *Los vientos braman y la lluvia cae. El pobre hombre blanco, débil y fatigado viene á sentarse bajo nuestro árbol. Carece de madre que le traiga leche y de muger para moler su grano: compadezcamos al hombre blanco que carece de madre,* etc. etc. Estos pormenores parecerán tal vez de poca importancia para el lector; pero en la situacion en que me encontraba me conmovieron mucho. Al dia siguiente regalé á mi generosa patrona dos de los cuatro botones que quedaban en mi vestido, única cosa que podia ofrecerla.

Permaneci todo el dia siguiente en la aldea, durante el cual recibí un mensaje del rey, el que me enteraba de que no me admitia en su presencia; pero me remitia de paso cinco mil kauris, conchitas que hacen oficio de monedas en el pais: esto era para que pudiese continuar mi camino y comprar los víveres que me fueran menester.

Las dificultades del terreno y los ladrones que infestaban aquellos sitios, estorbaron que pudiera seguir el curso del rio hácia Oriente, segun mis instrucciones, y tuve que volver hácia el Oeste, despues de recoger los pormenores siguientes:

A dos jornadas cortas de Silla está la ciudad de Jenné, situada sobre una islita de corta estension; dos mas allá forma el rio un lago considerable llamado *Dibia*, (ó Lago oscuro). El rio se subdivide despues en dos grandes brazos que se reunen en Kabra, á una jornada de marcha al Sur de Tembuctu. A once jornadas, por bajo de Kabra, pasa el rio por el Sur de Husa á dos jornadas de ella. En cuanto á la direccion del rio, mas allá de este punto se ignora absolutamente; porque las gentes, á quienes asuntos de comercio guian hasta allí, pasan

rara vez de Tembuctu y Husa, y como el amor á la ganancia es su único móvil, se cuidan poco del curso del rio y de la geografia de los lugares que recorren. Probablemente el Niger suministrará comunicacion segura y fácil á pueblos muy distantes unos de otros. Todos convienen en que suben por él hasta Tembuctu y Husa, negros mercaderes que hablan distinto idioma que los de Bambara; pero estos mismos ignoran donde termina su curso, que segun su creencia se pierde en el confin del mundo.

Uno de los sucesos mas inesperados, dice Mungo-Park, fué el hallazgo de mi pobre caballo, que me ví precisado á abandonar en los bosques, estenuado de hambre y de cansancio. Hablaba con el duty de Modibu y me condolia de los tratamientos de su desleal hermano, cuando oí relinchar un caballo en una choza inmediata; el duty me preguntó si sabia con quien hablaba, esplicándome como habian hallado mi caballo, y que bien cuidado y mantenido podia prestarme nuevos servicios.

El 25 de agosto me puse en camino acompañado de dos pastores, que como yo, iban del lado de Sibidulo. El terreno era áspero, y por lo tanto caminaba despacio llevando de la brida á mi caballo. Hacia las once de la noche sentí rumor de gente y un grito como de una persona que se halla á presencia de un gran peligro. Me dirigí al lugar donde se alzaba aquel rumor y al cabo de algunos momentos divisé á uno de los pastores echado en el suelo, y al acercarme me dijo al oido que una cuadrilla de hombres armados se habian apoderado de su compañero y que á él le habian alcanzado dos flechas al tiempo de huir. Cuando quise apercibirme me ví rodeado de siete hombres que me apuntaban con sus mosquetes; no pudiendo escapar decidí ir á su encuentro, fingiendo tomarlos por cazadores de elefantes. Para entablar conversacion, les pregunté si habia sido feliz su espedicion, y por toda respuesta uno de ellos me mandó apear del caballo; en seguida, despues de al-

gunos momentos de reflexion me ordenaron continuar mi camino, y cuando me congratulaba de que me dieran libertad tan generosamente, observé con gran admiracion que me seguian; al cabo de poco rato me mandaron volver. Me dijeron que el rey de los fulas les habia encargado conducirme á su presencia, y fiel á mis pacientes costumbres no titubee en seguirlos; al cabo de un cuarto de milla exclamó uno de ellos en lengua mandinga, al llegar á un sitio umbrío: Aquí estamos bien, y en el mismo momento me despojó del sombrero; yo les supliqué que me le restituyesen; la copa del sombrero contenia mis apuntes de viage; sin embargo, me despojaron de todo menos de dos camisas, un pantalon y el sombrero. Cuando se alejaron me hallé en una posicion poco grata: estaba en un desierto inmenso, en la estacion lluviosa y en un pais poblado de animales feroces y de hombres no menos salvages. Por último, me hallaba á quinientas leguas del establecimiento mas cercano.

Sin embargo, no era ocasion de lamentarse; yo lo conocí así y enderecé resignadamente por mi camino; poco despues llegué á una aldea, donde me reuní con los dos pastores, que se sorprendieron al verme; porque dudaban que los fulas se contentáran con robarme tan solamente. Me quejé al mansah ó gefe de la provincia, de las circunstancias del asalto que habia sufrido, y me contestó lleno de indignacion: «Tranquilizaos, que todo os será devuelto, lo he jurado.» En seguida, dirigiéndose hácia un criado, dijo: «Dad de beber al hombre blanco, y al rayar el dia os dirigireis á las montañas y direis al duty de Bammaku que un pobre blanco, el estrangero del rey de Bambara, ha sido robado por las gentes del rey de Fuladu.»

Me dirigí á esperar el efecto de esta orden á una ciudad llamada Vuda, donde permanecí nueve dias atacado de fiebre. El 10 de diciembre llegaron á Sibidulo dos personas que me restituyeron el caballo y mis vestidos; pero la brújula de bolsillo estaba rota, y esto era una pérdida irreparable para mí. Mi caballo no me fué por mucho tiempo de gran utilidad; la

desgracia perseguia á este pobre animal, que mientras pastaba á orillas de un pozo se hundió la tierra bajo sus pies, cayendo á una gran profundidad. Sin embargo, con auxilio de las gentes del pais conseguimos sacarlo, pero en tan mal estado, que por ello y su gran estenuacion juzgué no podia serme por mucho tiempo de gran utilidad. Deseando confiarle á alguno que cuidase de él se le regalé á mi patron, suplicando remitiese la silla y la brida al mansah de Sibidulo, como único modo con que podia mostrar mi agradecimiento por la justicia que acababa de hacerme.

El 8 de setiembre me despedí de mi generoso patron, y en prueba de cariño me dió su lanza y su saco de cuero, que me fué muy útil para guardar mis efectos. Convertidas mis botas en sandalias caminaba con mucha mas facilidad.

Despues de atravesar algunas ciudades llegué á Manzia; el mansah de esta ciudad pasaba por poco hospitalario; pero sin embargo, me hizo servir de comer, aunque en cambio me dijo le diera algo de lo que llevaba. Aunque le aseguré que nada tenia que poder ofrecerle, no me creyó; se apoderó de mi lanza y me condujo á su chozo donde debia pasar la noche.

Al dia siguiente un habitante que me habia manifestado alguna benevolencia, fué á casa del mansah para recoger mi lanza, aconsejándome despues que abandonase aquel lugar lo mas pronto que me fuese posible.

A mi llegada á Kamalia me llevaron á casa de un bushream llamado Karfa-Taura, que se ocupaba en reunir una cuadrilla de esclavos que se proponia vender á los europeos en Gambia. Pasaba por erudito, y cuando supo que era inglés, manifestó mucho contento, y hasta me dió á leer un libro de oraciones escrito en inglés. Propúsome, y aun me aconsejó le acompañase, encargándose de mi manutencion hasta tanto que llegáramos á Gambia, donde le daria en pago lo que quisiera. Le pregunté si le bastaria el valor de un esclavo, y despues

de una respuesta afirmativa mandó prepararme una choza y que me trajeran víveres.

Llegó por fin el día tan deseado de nuestra partida, que fué el 19 de abril; despojaron á los esclavos de los hierros y cada uno tomó la carga que le asignaron.

La caravana se componia de setenta y tres personas, y durante una media milla nos vino acompañando casi la totalidad de la poblacion de Kamalia para despedirnos. Despues de permanecer tres días en Kenytakuro, ciudad considerable, entramos el 23 de abril en el desierto de Jallonka. El camino era penosísimo y temí no poder seguir la caravana; pero me consolé el considerar que casi todos estaban tan abatidos como yo.

Hácia las once nos detuvimos á descansar cerca de un arroyuelo, y una pobre negra que el dia anterior habia quedado aspeada se negó obstinadamente á caminar. Hubo necesidad de recurrir á los golpes, merced á los cuales se incorporó bruscamente y marchó vigorosamente durante cuatro ó cinco horas seguidas. Por último, maltratada é imposibilitada para dar un paso, fué preciso conducirla en una especie de litera, improvisada sobre la marcha.

Como no habíamos comido desde la vispera mas que un poco de harina y caminábamos todo el dia con un sol abrasador, se cansaron mucho algunos esclavos, pero habiéndoles descargado algun tanto cobraron ánimo de nuevo. En cuanto á la pobre negra, sus miembros estaban tan rígidos y doloridos que no podia ni aun tenerse de pie: se la colocó sobre una acémila, pero esta era tan indócil que rehusó marchar con aquella nueva carga. Entonces de toda la caravana se alzó un grito general de ¡*Kang-tegi!* ¡*Kang-tegi!* ¡degollarla!) y no queriendo ser testigo de aquella escena apresuré el paso. No habia andado una milla cuando ví venir un esclavo que traia en su arco el vestido de la pobre Nealea. Su amo la dejó abandonada.

En Manna, ciudad murada que atravesamos el 28 de abril,

nos acompañó el gefe con muchas de sus gentes hasta la orilla del rio Negro, brazo principal del Senegal, donde pasamos sobre un puente de bambúes de muy singular construccion. El rio en este sitio es bastante ancho; dos árboles corpulentos enlazados por la copa vienen á juntarse en el centro del rio; y están guarnecidos de bambúes colocados á lo largo y á través, constituyendo en conjunto un puente suspendido, que comunica con las orillas del rio por medio de planos muy inclinados. Los habitantes de Manna que sostienen este singular pasage, exigen de los viageros una módica retribucion.

Poco apartados de las orillas de Gambia en Maccotta recogimos pormenores bastante singulares acerca de una guerra suscitada entre Almaní Abdul-Kader, rey de Futa-Taura, y Damel, rey de los jannofs, á propósito de motivos religiosos. El primero envió al segundo un embajador, que le habló en estos términos: «Con este cuchillo, dijo, mostrándole uno, no desdeñará Abdul-Kader rasar la cabeza de Damel si Damel quiere abrazar la fé de Mahoma, y con este, mostrándole otro, Abdul-Kader cortará la cabeza de Damel si Damel rehusa: que escoja.» El rey de los jannofs contestó que no queria rasarse la cabeza ni que se la cortasen: en su consecuencia Abdul-Kader penetró en el reino de Damel al frente de un poderoso ejército, pero fué derrotado y hecho prisionero. Damel le habló en estos términos: «Si yo hubiera caido en vuestras manos, ¿cómo me hubiérais tratado?—Os atravesara el corazon con mi lanza, replicó Abdul-Kader: sé la suerte que me aguarda.—Mi lanza se ha teñido en la pelea con sangre de vuestros súbditos, repuso Damel; ahora podria á mi placer enrojecerla de nuevo con la vuestra; pero esto no reconstruiria mis ciudades ni volveria la vida á los hombres que han perecido: os retengo como mi esclavo.» Al cabo de tres meses Damel envió al rey de Futa-Taura á sus estados. ¿Nuestros héroes de Europa serian mas grandes que el generoso Damel?

Nos adelantábamos hácia el término de nuestro viage; al

pasar por Baniserila dejamos á uno de nuestros sateas natural de aquel lugar. Este hombre nos invitó á ir á su casa, sus amigos le acogieron con grandes demostraciones de alegría.

El 12 de junio á cosa de medio dia abrazaba al doctor Laidley en Pisania, el cual me recibió con tanta alegría y sorpresa, que no parecia sino que habia resucitado de entre los muertos. Los efectos que le habia dejado no habian sido ni vendidos ni enviados á Inglaterra, por lo que me apresuré á tomar el traje inglés y á arreglar mi barba.

Karfa reparó con mucho gusto mis nuevos vestidos; pero deploró que me hubiese cortado la barba, cuya pérdida, decias me quitaba la figura de hombre para darme la de un niño.

El doctor Laidley tomó á su cargo satisfacer los empeños, pecuniarios que habia contraido desde mi partida de Gambia, y sobre todo los que me ligaban á Karfa.

Hacia dos meses que no habia llegado á Gambia ningun barco europeo, y como hubiese comenzado la estacion de las lluvias, rogué á Karfa volviere hácia sus gentes que habia dejado atrás por acompañarme hasta Pisania. Con mucho sentimiento me abandonó el 14; pero como yo no tratase de abandonar á Africa antes de fin de año, le dije que esperaba volver á verle antes de mi partida. En esto me engañé: el 15 el Charlestown, barco americano, entró en el rio, lo que me permitió poco tiempo despues pasar á América, de donde me hice á la vela para Inglaterra.

#### NOTA ACERCA DE LA MUERTE DE MUNGO-PARK.

Mungo-Park se habia casado de vuelta de su primer viaje y vivia hacia algunos años con su familia, cuando el conde de Buckingham le escribió invitándole que pasara á Lóndres, donde le informaron de la intencion del gobierno, acerca de confiarle la direccion de una espedicion que debia penetrar en el interior de Africa. Mungo-Park aceptó; pero algunos cambios

de política demoraron el viage; se le dió á entender lo conveniente que seria que se ocupase del estudio de instrumentos astronómicos y de la lengua árabe, lo que practicó en seguida con un celo digno de los mayores elogios.

Durante el año 1804 hizo Mungo-Park conocimiento con Walter Scott, que pasaba entonces la estacion de verano con su familia en las cercanias de la granja de Fowlshiels que habitaba Mungo-Park. Sus paseos los conducian muchas veces á orillas del Yarrow; Walter Scott encontró muchas veces á su nuevo amigo, meditando sobre su futura empresa.

La órden de partida llegó al gobierno de las colonias á últimos de setiembre de 1804, y se decidió que la espedicion se compondria de Mungo-Park, que recibió el nombramiento de capitán de Africa; de su cuñado Mr. Anderson, que fué nombrado teniente; de Mr. Scott, empleado como dibujante, y de algunos carpinteros y otros obreros. La instruccion ministerial daba ademas á Mungo-Park, facultades para llevar consigo hasta cuarenta y cinco hombres de la guarnicion de Gorea, y de tomar del tesoro real hasta la suma de cinco mil libras esterlinas.

La espedicion partió de Inglaterra el 30 de enero de 1805, y entró el 8 de marzo en el puerto de Caya, islas del Cabo Verde, despues de una travesía peligrosa.

Poco tiempo despues las gentes de la espedicion se hallaban reunidas en Kay, pequeña ciudad situada sobre Gambia, un poco mas abajo de Pisania: alli se reunió á la caravana un marabú mandinga llamado Isaac, que mas tarde habia de librarse con tanta sangre fria como destreza de los dientes de un cocodrilo, y hombre habituado á largas escursiones en el interior (1).

En su última carta escrita á Mr. Eduardo Kooke, subsecre-

(1) Isaac pasando á nado un rio, se salvó por dos veces de las mandíbulas de un cocodrilo, metiendo los dedos en los ojos del reptil; el dolor que le produjo este ardid, libro á Isaac de ser devorado.

tario de estado del departamento de las colonias, se observa que Mungo-Park tenia confianza en el éxito de su empresa, aunque su situacion era ya á propósito para darle inquietud del porvenir. La estacion de las lluvias que debia sorprenderle durante el viage, y el mal estado de la gente que debia acompañarle, eran motivos bastantes á hacerle diferir por algun tiempo la realizacion de sus proyectos; pero tuvo la debilidad de temer la censura del gobierno, y abandonó á Pisanía el 9 de abril de 1805.

El 9 de agosto de 1805 que llegó á Bammalsu, á orillas del Níger, no le quedaban mas que once hombres; habiendo ocasiones en que toda la caravana, escepto una persona, estuviera enferma. Mr. Anderson y el teniente Martyn, estaban enfermos, y Mr. Scott se habia visto obligado á quedar rezagado en Kuli-Kuli, donde murió antes de ver el Joliba.

Obtenido permiso del rey de Segá para ir á Sansandig, se proveyó Mungo-Park en esta ciudad de dos malas canoas que construyó él mismo de una sola, y de tres soldados que sobrevivieron á sus camaradas.

La muerte de Mr. Anderson produjo gran sentimiento. El 6 de noviembre dió de mano su relacion, escribiendo á su suegro, á sir José Bank, y á su muger; estas cartas muestran toda la estension de su cariño, poniéndolas con su diario en manos de Isaac.

Tales fueron las últimas noticias auténticas recibidas del célebre viagero.

La desgraciada catástrofe que terminó sus dias, es tanto mas deplorable, cuanto que si son exactos los indicios recogidos, habia conseguido bajar el Joliba hasta mas allá de Tembuctu, y pereció en este rio, bien á causa de naufragio ó á mano airada. Segun noticias, llegaron á la ciudad de Yauri, en el reino de Yaur, donde compraron provisiones; el rey, segun parece, les invitó á aguardar su mensaje, pero llenos de pavor por su respuesta, se embarcaron á toda prisá, y bajaron por el

rio hasta Bosa ó Bousa. Allí su embarcacion se estrelló contra una roca, y perecieron todos en las olas. Segun otros, hay motivos para creer que perseguidos tal vez por la venganza del rey de Yauri, Mungo-Park y los suyos, debieron ser atacados por los natifs situados en emboscada sobre alguna roca.

Los cristianos lanzados al rio, se ahogarian arrastrados por la rapidez de la corriente. Esta relacion hecha por un testigo desinteresado, conviene con la de la narracion más detallada hecha á Isaac por Amadi Fatuma, negro al servicio de Mungo-Park en el momento de la catástrofe que termina su vida.

## VII.

### VIAGES, ESCLAVITUD Y SALVACION DE BEN SALOMON, PRINCIPE DE BUNDA (1).

La interesante historia que vamos á referir viene como de molde hoy que tanto se agita en los paises civilizados la cuestion del tráfico de negros.

En 1734 habia en Lóndres un negro llamado Job ben Salomon, á quien sus desgracias habian conducido allí. Habia nacido en la ciudad de Bunda, pais de los jolofes (2), en Africa. Su abuelo Hibrahema, Ibrahim ó Abraham, era el fundador de Bunda, en tiempo del reinado de Abubeker, entonces rey de Foota. Abubeker le concedió la propiedad y gobernacion de esta ciudad, con el titulo de alfa ó gran sacerdote, y el poder de crear leyes para este nuevo establecimiento. Una de las principales, declarar libres de esclavitud á todos los que vinieran á

(1) Extracto de las *Aventuras de los viageros*, por P. Blanchard.

(2) O yolofes.